

de la próxima partida del ejército para la provincia ilírica, marchó por Arbon, entonces Arbor Félix, á Lorch, entonces Lauriacum, y luego enviando delante la impedimenta se dirigió á Bononia, hoy Bonmunster, y de allí á Sirmio, donde dió á las tropas cuatro días de descanso. Pasado este tiempo y no obstante estar atacado de intermitentes, bajó por el río á Castra Martis en la Dacia Ribereña, donde una sorpresa de los alanos le causó algunas bajas. Antes de llegar Graciano al teatro de la guerra había perdido Valente la batalla de Adrianópolis y la vida. Dicen que uno de los motivos que tuvo para no aguardar la llegada de su joven pariente, que Ricimero le había anunciado como muy próxima, fué el afán de no compartir con él los laureles de la victoria. Muchos fugitivos y dispersos de esta derrota pudieron llegar hasta donde estaba Graciano, es decir, hasta Sárdica, según se supone, á 43 millas de Adrianópolis, y es muy probable que esta proximidad fuese la causa de que los vencedores no se derramaran por aquel lado ó sea en dirección de ONO; pero sería exagerado dar mayor importancia á las palabras de Ausonio (1), porque no era bastante él y su ejército para hacer frente á los godos.

El emperador que entonces no contaba todavía veinte años porque había nacido el 18 de abril ó 23 de mayo de 359, comprendió toda la gravedad de la situación de aquella parte del imperio y tuvo la sabia idea é incomparable mérito de nombrar para ella un emperador especial en la persona de Teodosio, á quien conocimos ya como jefe superior militar de la Mesia, y que fué revestido de la púrpura en 19 de enero de 379 en Sirmio, correspondiéndole además del Oriente la prefectura ilírica con la Macedonia y la Tracia que después recibieron el nombre de Ilíria Oriental.

Terrible era la situación en aquella región: los godos y taifales, y sobre todo los hunos, y los alanos, mas horribles y mas calamitosos que todo lo que pueda imaginarse, asolaban la Tracia y la Dacia, pero ya narramos en la primera parte de esta obra cómo Teodosio el Grande supo transformar á los godos de enemigos en defensores del imperio.

Cuando este emperador estuvo al año siguiente (380) gravemente enfermo é imposibilitado, cobraron los godos nuevos bríos y se presentaron mas amenazadores que nunca; pero Graciano que entre tanto había regresado á la Galia envió en seguida contra ellos un ejército á las órdenes de los francos Bauto y Arbogasto, hombres celosos é íntegros en el servicio, incorruptibles, valientes y peritos en la guerra, á cuya aproximación se retiraron prudentemente los bárbaros. Quizás siguióles el mismo Graciano, porque después de algunos encuentros felices se celebraron con algunos jefes godos pactos parciales que fueron ratificados por Teodosio cuando hubo recobrado la salud.

En 383 las tropas estacionadas en la Gran Bretaña, muy inclinadas á amotinarse á causa de su aislamiento, proclamaron emperador á su jefe Máximo, que sin tardanza pasó al continente. Al desembarcar en Bélgica se pasó á sus banderas una gran parte del ejército. Graciano huyó, pero fué alcanzado y muerto cerca de Lyon en 25 de agosto de 383 á la edad de 24 años, y poco después tuvieron el mismo fin el cónsul del año Merobauda y el general Valio.

Graciano había aprendido y heredado de su padre la pericia militar; y se le acusaba de ser apasionado por la caza á manera de Comodo; pero lo que le enajenó el afecto de las tropas romanas fué su preferencia por los mercenarios alanos cuyo traje solía ponerse á menudo. El valiente y leal

(1) Idyll. VIII, 378, 31 diciembre: *Hostibus edomitis qua Francia mixta Suevis | Certat ad obsequium, Latiis ut militet armis | Qua vaga Sauromatas sibi iunxerunt agmina Chuni | Quaque GETIS SOCIIS Histrum adsultabat Alanus | Hoc mihi praecipitibus victoria nuntiat alii.*

Bauto tomó la defensa del joven hermano del difunto, Valentiniano II, entonces muchacho de 12 años, y acudió desde la Ilíria occidental con mercenarios hunos y alanos para oponerse al usurpador, en cuya ocasión arrojó á los yutungos de la Retia, donde habían penetrado. No se llegó esta vez á ninguna batalla sino que todo se arregló pacíficamente entre Teodosio y Valentiniano II por una parte y Máximo por otra.

Solo en el año 387 riñeron; Máximo pretendiendo defender á los católicos, que se veían tiranizados por la regente Justina, madre de Valentiniano II y arriana fanática. Huyeron madre é hijo á la corte de Teodosio, y en la batalla que se dió entre este último y Máximo cerca de Siscia hoy Sissek fué derrotado Máximo, el cual cayó después prisionero en Aquileya y fué muerto allí mismo en julio ó agosto de 388. De esta campaña solo hay que mencionar que el franco Arbogasto volvió en su ejército por la Nórica y la Retia á la Galia. Habían militado también entre las tropas de Máximo germanos bravos á título de mercenarios; y de otros pueblos bárbaros había sabido sacar hasta tributo. Durante su ausencia los francos forzaron la frontera por el lado del Bajo Rhin, penetraron en la Galia y asolaron las comarcas mas fércas causando graves pérdidas á los romanos. Iban conducidos estos francos ribereños por tres caudillos llamados Genobauda, Marcomaro y Suno. Este grupo de francos era muy numeroso, y el territorio que habitaba habria sin embargo dado cabida á mas de tres grandes pueblos. Amenazaron la ciudad de Colonia, la gran plaza de armas del imperio por aquel lado, pero los generales Nanieno y Quintino, á quienes Máximo había dejado encargada la defensa del Rhin, acudieron, libraron la ciudad y obligaron al grueso de los francos á reparar el río, lo cual hicieron cargados de riquísimo botín. La otra parte siguió mas adentro de la Galia señalando su paso con muertos y humeantes ruinas hasta que fué alcanzada y destruida por los dos generales en la Selva Carbonera (*Silva Carbonaria*) que se extendía desde el río Sambre en el Hainaut á lo largo de la frontera actual entre la Francia y Bélgica hacia el Escalda superior en la Flandes occidental, no llegando sin embargo hasta Tournai.

Contra los consejos de Nanieno quiso Quintino escarmantar á los francos en su propio territorio, como se había hecho en épocas gloriosas; pasó el río sin encontrar resistencia cerca de Castram Novaesium ó Nivisium, quizás la ciudad de Neuss de hoy, y fué penetrando dos jornadas en el interior. Allí encontró caseríos y aldeas muy grandes, pero gente ninguna, porque como siempre habianse retirado los habitantes al interior de la selva, quizá la Césea, intransitable para todos los que no eran del país. Después de quemar todo, por parecer esto una grandísima victoria á la estupidez cobarde del jefe, (así dice literalmente Sulpicio Alejandro, del cual extractamos este relato) acampó el ejército pasando la noche sobre las armas en continua zozobra. Al rayar el alba, penetró conducido por su general, en la selva montuosa, separándose las filas en las subidas, errando desorientadas en todas direcciones por la espesura hasta el mediodía y y encontrando siempre cerrados los pasos con colosales troncos, zanjas y otros obstáculos. Al fin no tuvieron mas recurso que salir otra vez del bosque; pero entraron en un terreno pantanoso, y allí á medida que se esforzaban para atravesarlo, se vieron molestados por una pequeña partida de enemigos, que situados en lo alto de pilas de árboles amontonados á manera de parapetos ó torres, disparaban con tal fuerza sus flechas que parecían despedidas por una balista, y para mayor desgracia tenían las puntas untadas de un veneno vegetal tan sutil que bastaba el mas insignificante rasguño para causar la muerte. Entre tanto iban apareciendo mas y mas

enemigos, rodeando á las desgraciadas tropas, que se esforzaron por llegar á un llano que los francos habían dejado libre; pero allí se hundieron todavía mas, primero los caballos y luego en confusa mezcla brutos y hombres. La infantería pudo con gran trabajo refugiarse otra vez, pero en completa disolución, en la selva que acababa de dejar. Casi todos fueron degollados (1). Fué esta una derrota en pequeña escala como la de Varo.

Casi todos los oficiales murieron, en primera línea Heraclio, tribuno de los jovios; y de los soldados se salvaron pocos á favor de la noche y de los escondrijos de la selva.

Poco tiempo después de este suceso, refiere el mismo autor, marcharon contra los francos Charieto, hijo quizás del guerrillero del mismo nombre, y Siro, nombrado por Teodosio sucesor de Nanieno, probablemente para castigar una nueva invasión de los francos. De hecho gobernaba entonces la Galia, bien que en nombre del joven emperador Valentiniano II, el franco Arbogasto; es decir que ya hemos llegado á la época en que un germano dominaba el imperio occidental, si no con el cetro, á lo menos con la espada. A Arbogasto sucedió en breve el vándalo Estilicon, luego el suevo Ricimero, después el esciro Odoacro, y finalmente el godo Teodorico subió al trono de Rávena.

Arbogasto instó para que se castigara á los francos y se les obligara á restituir todo lo que habían robado cuando la derrota de las legiones, y á entregar á los instigadores de la guerra en desagradio de la violación de los convenios; pero esta vez no se llegaron á romper las hostilidades. Los reyes Marcomero y Suno, porque á Genobauda no se le menciona ya, tuvieron una entrevista con el emperador, y en su consecuencia presentaron rehenes; de las otras exigencias de Arbogasto no se sabe si fueron aceptadas y satisfechas; con lo cual se retiró la corte á Tréveris, sus cuarteles de invierno.

Merece mucha alabanza el célebre aunque ingenioso historiador San Gregorio de Tours por ser el primero que examina y dilucida la cuestión de la época en que los francos tuvieron su primer rey, único y soberano de todo su grupo, compuesto de diferentes tribus, y por consiguiente la del tiempo en que estas tribus cesaron de ser regidas por caudillos ó reyezuelos especiales, que se sometían en la guerra á un jefe general, y concluida ésta, volvían á su anterior independencia. Los autores latinos usan á menudo indistintamente los nombres de *rex*, rey, *regulus* y *regalis*, reyezuelo, persona real, acaso con una pequeña diferencia de mayor á menor, y aun la palabra *dux*, caudillo, jefe durante la guerra; pero San Gregorio da mas importancia á estas distinciones de la que les dieron los primeros autores.

Además, en aquella época ni siquiera había tal rey de todos los francos, como San Gregorio supone, y se comprende atendida su índole todavía bravia. Cuando Clodoveo, un siglo después, se impuso á todos los francos, á los sálicos y á los ripuarios como único rey, tuvo que verter sangre á raudales para lograrlo, exterminando á muchos reyes parciales, reyezuelos y caudillos.

A medida que Valentiniano se hizo mas hombre, cuando en 392 tenía ya 21 á 22 años, sentía también mas la tutela en que le tenía el franco Arbogasto, hombre atlético, valiente, inteligente en el gobierno, enérgico para imponer su voluntad y hacerse obedecer, celoso defensor del imperio occidental contra los bárbaros, íntegro é incorruptible, muy diferente en esto de los funcionarios romanos y bizantinos. Tenía también á su devoción todo el ejército, compuesto ya en su mayor parte de mercenarios bárbaros, y procuraba siempre

(1) *Perturbatis ergo ordinibus caesa legiones.*
PUEBLOS GERMÁNICOS Y ROMANOS

dar el mando á compatriotas y personas de su confianza, como Bauto que hasta su muerte fué el general en jefe de todas las fuerzas. El joven emperador vivía mas retirado que un simple particular en Vienne. Ninguno de los funcionarios juramentados, ya del ejército, ya de la administración civil, se atrevía á cumplir órdenes del emperador sin solicitar primero el beneplácito de Arbogasto. Desde luego puede suponerse que el partido romano, impaciente de verse gobernado por un bárbaro tan absoluto, altanero y fogoso, debió de intrigar incesantemente contra él cerca del joven emperador, como sucedió después respecto de Estilicon, hasta que consiguió que Valentiniano, en solemne audiencia general alargara desde lo alto de su trono á su ministro todopoderoso el decreto de su destitución. Arbogasto lo leyó, lo rasgó, y arrojándolo á los pies del soberano le dijo: «Lo que tú no me has dado, no me lo puedes quitar.» ¡Cuán grande no debía de ser su autoridad, cuando después de semejante acto pudo seguir en su cargo, sin ser molestado, y cuando pudo quitar de en medio al joven emperador poco después en 15 de mayo de 392, bajo las apariencias de suicidio, y todo esto sin mira ninguna egoísta! Por lo demás, no pensó nunca Arbogasto en elevarse al trono, ni lo pensaron otros germanos poderosos en el imperio, como Estilicon, Ricimero y Alarico, ni ambicionaron tampoco el imperio de todo el Occidente Ataulfo, Eurico, Odoacro ni Teodorico, aunque algunos habían podido lograrlo á la fuerza. El primer germano que tuvo tal ambición fué Cárlo-Magno.

Arbogasto, muy al contrario, revistió de la púrpura imperial al retórico Eugenio, recomendado anteriormente por Ricimero, aquel que había llevado la noticia de la próxima llegada de Graciano al emperador Valente. Hecha la elección, se procuró el asentimiento de Teodosio, y este soberano, circunspecto y previsor, contestó cortésmente pero sin soltar prendas, tolerando á Eugenio como había tolerado á Máximo, á fin de ganar tiempo y hacer sus preparativos para castigar al asesino y al sucesor de su cuñado. Estos emprendieron en el año 392 una campaña de invierno contra los francos y en especial contra los reyes Marcomero y Suno, quizás porque veían en lontananza la tormenta que mas ó menos tarde les había de venir de parte del emperador de Oriente, y querían aprovechar el tiempo para asegurar las fronteras, aumentar acaso su ejército con los contingentes ó enganches voluntarios de los vencidos y tener así todas las fuerzas disponibles contra Teodosio. El hecho es que al revés de todos los generales romanos que invariablemente elegían el verano hasta con exclusion del otoño para sus campañas en la Germania, pasó Arbogasto el Rhin cerca de Colonia en medio del invierno mas riguroso. El sagaz general sabía, como franco que era, que en invierno los bárbaros sus compatriotas no podían ocultarse en las selvas deshojadas, ni encontrarían entonces nada que comer, y que los terrenos pantanosos, tan fatales á las tropas romanas, eran transitables á favor del hielo como cualquier otro terreno firme.

Así devastó el país de los brúcteros, mas próximo al Rhin, y una comarca de los chamavos, sin que se presentara enemigo alguno: solo en las lomas mas distantes se dejaron ver algunos guerreros amsivaros y catos acaudillados por Marcomero. No se penetró mas tierra adentro, y sin otro resultado, fuera de la destrucción de las abandonadas viviendas, volvió el ejército á la Galia; pero al siguiente año debieron los bárbaros de solicitar la paz, porque Eugenio á la cabeza de un ejército renovó en la frontera los acostumbrados pactos con los caudillos alamanos y francos.

Los brúcteros, á quienes Tácito tres siglos antes había creído exterminados, continuaron pues, según esta relación

de Sulpicio Alejandro, citado por San Gregorio, no en su antiguo territorio, sino más hacia el Oeste ó sea junto al Rin, porque hay que suponer que el nombre de brúcteros no era ninguna libertad poética del citado autor, como las que se tomaba Claudiano que por razones estéticas y para hacer venir bien el metro de sus versos empleó nombres de pueblos sin mirar si existían ó si estaban extinguidos, y colocándolos del modo que mejor le convino. Respecto de los amsvaros ocurre otro tanto: Tácito los creía también exterminados, y sin embargo, no puede dudarse de la exactitud de Sulpicio, porque refiere todo con la minuciosidad prosaica y tranquila del hombre que está seguro de lo que dice, y porque su relación se armoniza con todos los demás datos que tenemos. Así enumera como formando el grupo franco los pueblos de los brúcteros, amsvaros, chamavos y catos. De los amsvaros no es menester suponer que fueran empujados desde su antiguo territorio, á orillas del Ems en su curso medio, hasta ser vecinos de los catos, porque pudieron ser reclamados sus contingentes como miembros del grupo sálico cuando los brúcteros sus hermanos se vieron amenazados por el ejército romano.

Siempre existían lazos de unión más ó menos fuertes entre los miembros de un mismo grupo principal colectivo, lo cual no obstaba, como hemos dicho, para que cada tribu procediese independientemente si no le gustaba unirse á las otras para una empresa común, sin que esto le sirviera de mengua, ni de motivo de odio de parte de las demás.

Un dato importante es que en aquel tiempo se contaban ya los catos como parte de la gran colectividad franca, porque otra cosa no puede significar que el caudillo franco Marcomero tuviese ocupadas las alturas con amsvaros, francos como él, y con catos. Si estos figuraban entonces como simples aliados, es positivo que después entraron definitivamente á formar parte de la gran colectividad, que se dividía de consiguiente en las tres ramas sálica, ripuaria ó ribereña y cata. El ingreso de los catos tuvo consecuencias importantísimas, pues que sin este pueblo los francos, limitados á la Galia y una zona estrecha en la orilla derecha del Rin, habrían quedado absorbidos y romanizados por el elemento romano, mientras así la rama cata sirvió de intermedio y de transición entre el grupo de los francos, la futura Francia, y los turingios y alamanos, facilitando la dilatación de aquellos más allá del Rin en el interior de la Germania y la creación primero del imperio de Carlo-Magno, y después del alemán y del reino de Francia. Cabalmente en este tiempo, del cual tan escasas noticias tenemos, debieron de ocurrir los movimientos sociales y políticos que prepararon los sucesos históricos de los tiempos posteriores.

A principios de junio del año 394 emprendió Teodosio el ataque contra los dos usurpadores, y junto al Wipach en el condado de Görz, á unos 50 kilómetros de Aquileya, decidióse en sangrienta batalla la suerte entre ambos partidos. El primer día de batalla, el 5 de setiembre del mismo año, hicieron el trabajo principal las tropas godas á las órdenes de Gaina y Saulo que combatían por cuenta de Teodosio y tuvieron pérdidas enormes, probablemente con poca satisfacción del mismo emperador que se abstuvo de socorrerlas en sus mayores apuros. El segundo día de batalla por efecto de una traición obtuvo la victoria el emperador Teodosio. Eugenio fué hecho prisionero y muerto, y Arbogasto se refugió en la montaña más elevada de aquella comarca, donde viéndose rodeado por todos lados, se suicidó.

Poco tiempo después, en 15/16 de enero de 395, murió Teodosio y le sucedieron sus dos hijos, Arcadio el menor, de edad de ocho años, y Honorio el mayor, de diez; el primero en el imperio oriental y el segundo en el occidental.

CAPITULO SÉPTIMO

DESDE LA DIVISION DEL IMPERIO HECHA POR TEODOSIO HASTA LA CAIDA DEL IMPERIO DE OCCIDENTE Y EL ESTABLECIMIENTO DEL REINO DE LOS FRANCO (DESDE 395 HASTA 500).

En este capítulo no tenemos que tratar ya del imperio oriental, ni de los germanos orientales, de los cuales hablamos en la primera parte. Respecto de los occidentales, durante este período son escasos los datos que tenemos. Los alamanos se dilataron por la cuenca del Rin, hacia el Sudoeste, quizá empujados por los borgoñones; los francos, sus vecinos, que habitaban desde el curso medio de este río hasta su desembocadura, se extendieron al mismo tiempo al Noroeste empujados á su vez por los sajones y frisones desde el Este. Los sucesos más inmediatos están descritos por el ya citado Claudiano que respecto de nombres de pueblos, mira más á su consonancia métrica que á la exactitud, y es de consiguiente más sospechoso bajo este punto de vista que Sulpicio Alejandro, autor muy poco concienzudo. Dice Claudiano que Estilicon, famoso vándalo, experto guerrero, ministro y general del niño Honorio, gobernó el imperio occidental y recorrió con escaso acompañamiento toda la frontera del Rin para inspeccionar las fortificaciones que la defendían.

Durante muy corto tiempo habían estado relativamente quietos los pueblos germánicos, gracias á la vigorosa defensa de las fronteras por emperadores enérgicos, en su mayoría germanos, y merced también á los abundantes subsidios que de estos recibían en dinero y cereales. Además ocupaban á la sazón comarcas dilatadas en las cuencas del Rin y del Danubio, feracísimas y cultivadas durante siglos con exquisito esmero por celtas y romanos. Tranquilidad completa no existió jamás; ni sirvieron de nada la admisión de los salios y alamanos bajo la soberanía del imperio ni los sacrificios hechos para acallarlos. A todo esto se añadía la creciente preponderancia en cada grupo germánico de un caudillo más fuerte y más emprendedor que los demás, sobre los jefes parciales y electivos.

San Ambrosio menciona, además de la invasión de los yutungos en la Retia en el año 383-384 de donde los expulsó Banto, otra de los alamanos en la Helvecia, ocurrida en 392, poco tiempo antes de la muerte de Valentiniano II. En esta expedición hicieron los alamanos muchos prisioneros y lograron pasar los Alpes por el pequeño San Bernardo (Splügen) y bajar por el lado de Italia en dirección á Milan; de suerte que azorados los habitantes de este territorio, pensaban ya en fortificarse cuando los bárbaros, por un acto de deferencia hacia el emperador, dieron libertad á los prisioneros hechos en Italia, y limitaron sus correrías á la parte montuosa ó alpina. Esta relación es muy oscura, aunque no inverosímil, si consideramos que los alamanos estaban establecidos bastante cerca á orillas del lago de Constanza.

En la *Vida de San Ambrosio* por Paulino de Milan vemos que el cristianismo no solo hacia entonces prosélitos entre los pueblos bárbaros del Danubio, en especial entre los godos, sino también entre otros más apartados, como lo prueba una reina de los marcomanos llamada Fritigila, que convertida por un romano, probablemente católico y no arriano, envió una embajada á San Ambrosio que la había suplicado intercediera con su esposo para que conservase la paz. La embajada no encontró ya al santo, pues había muerto antes en el año 398. Por regla general, convirtiéronse desde un principio las mujeres de los reyes y caudillos bárbaros primero que sus maridos, porque el cristianismo era favorable á la mujer,

declarando el matrimonio indisoluble, y el adulterio del marido tan criminal como el de la esposa. Esta declaración, hecha primero en la jurisdicción eclesiástica, penetró luego también en la legislación civil, con lo cual se mejoró la posición social de la mujer considerablemente, porque hasta entonces era esclava del marido que podía repudiarla y no tenía ninguna obligación hacia ella.

San Ambrosio pinta con colores sombríos la situación del imperio oriental, diciendo en su epístola 3.^a al hablar del tiempo en que ocurrió la batalla de Adrianópolis, y de los veinte años inmediatamente posteriores, que los godos, sármatas, cuados, alanos, hunos, vándalos y marcomanos devastaron la Escitia, la Tracia, Macedonia, Dardania, Dacia, Grecia, Dalmacia y las dos Panonias. En esta lista de pueblos bárbaros choca encontrar también á los cuados y marcomanos, cosa que por cierto no debe atribuirse á ninguna libertad oratoria.

Más para el Occidente no empezó menos triste el siglo quinto. Aun las provincias libres hasta entonces de las devastaciones de los bárbaros, estaban aisladas y empobrecidas, tanto que en la antes tan riquísima y pobladísima Campania se cedieron libres de contribución 528,042 yugadas de tierra yerma á los propietarios vecinos por una ley del año 401 (Cod. Teod. XI, 28, 3). Peor era la situación en la Galia á pesar de no haber sufrido en un espacio de 40 años invasiones trascendentales como antes. Allí quedaron desiertas hasta las ciudades, porque la clase industrial las abandonaba y se retiraban los habitantes á los parajes más desiertos para librarse de las vejaciones y exacciones de los empleados del gobierno, el cual por una ley expresa (Cod. Teod. XII, 19, 3) ordenó su vuelta, cuando no de grado por fuerza, en el año 400.

Esta disolución social y esta desaparición de la clase media, además de la causa inmediata, la tiranía de los funcionarios públicos y las contribuciones excesivas, eran debidas á la organización social heredada desde los tiempos primitivos, basada sobre la esclavitud, y cuyos inconvenientes solo se hicieron palpables, y luego irreconciliables con la prosperidad y la existencia de una sociedad numerosa y siempre creciente, cuando el Estado romano empezó á extender su dominio sobre vastos territorios, aumentando á cada victoria el número de sus esclavos. La miseria aumentó no solo el número de los siervos, porque las familias pobres para poder vivir se ponían bajo el amparo de un rico propietario rural, sino también el número de la soldadesca mercenaria, de los aventureros, de los letos y de la población germánica que no tenía ya barreras que se le opusieran.

Los heroicos esfuerzos de los grandes varones Juliano y Valentiniano nada pudieron á la larga contra tantas causas orgánicas, interiores y exteriores, que se aunaban para debilitar el cuerpo social llamado imperio romano. Cincuenta años apenas habían pasado desde las grandes victorias de estos emperadores, cuando los germanos se derramaron por la Galia y la España para no salir más, y al citar el nombre del único caudillo que durante algún tiempo logró defender la misma Italia contra los germanos de Alarico y Radagaiso, los verdaderos patriotas romanos debían ruborizarse, porque hasta este defensor era germano, era Estilicon el vándalo.

La ruina del imperio, que presentía Tácito trescientos años antes, estaba cerca, se veía claramente. San Ambrosio decía entonces: «El imperio cae en ruinas, pero la cerviz de la Iglesia permanece erguida.» (Epíst. I, 3.) Palabras proféticas: dos generaciones después se había cumplido la primera parte; y en cuanto á la segunda, vemos que aun no se ha desmentido. El grandioso edificio de la Iglesia ha sobre-

vivido al imperio romano; quince siglos han pasado y todavía se levanta imponente sobre sus robustos cimientos.

Cuando Alarico invadió la Italia en el invierno del año 401, sabía que las tropas romanas estaban ocupadas en la Retia; de donde se deduce que hubieron de luchar contra una nueva irrupción de alamanos en aquel territorio. Allí acudió luego Estilicon, pasando quizás también á la Galia, para reunir todas las tropas y llevarlas á Italia á fin de defender á Roma y el Tiber. Ya no se trataba de sostener la gran fortaleza de Colonia ni de defender el Rin.

No se sabe si hizo algo para asegurar esta frontera contra las invasiones de los francos y alamanos. Urgía llevar socorro á Italia, porque después de las primeras victorias de Alarico extendióse por todas las provincias la voz de que había tomado á Roma. La noticia era prematura, pero debía confirmarse á los pocos años, porque muy pronto faltó á la península la fuerte egida de Estilicon.

En estas circunstancias críticas ocurrió la invasión lenta hasta España de las innumerables masas de vándalos y alanos á las cuales desde su salida de Panonia se habían agregado tribus ó pueblos enteros suevos, quizás senones, ó cuados y marcomanos, según ya dijimos al hablar de estos pueblos, lo que no significa que de estos dos últimos no quedasen todavía bastantes para formar luego la población de la Baviera ó sea el pueblo bayuvaro, porque los marcomanos y suevos eran numerosísimos, y estos últimos vieronse cabalmente entonces duramente acosados por los ostrogodos.

Al acercarse al Rin las tribus vándalas chocaron con el pueblo franco, que ni quiso dejarse arrastrar ni dejarse desposeer de su territorio ni sufrir que los vándalos se fijasen en la Galia que se reservaban para sí. Por su parte los invasores iban en busca de un país donde vivir, cualquiera que fuese, con tal que ofreciese espacio bastante y una población que dominar. Tanta multitud de gente no podía seguir la misma ruta y era natural que se extendiese á derecha é izquierda pasando como pudiese por diferentes caminos, atravesando ó rozando probablemente entre otros también el país de los turingios ó hermanduros. En la historia de los vándalos vimos que los primeros que llegaron al Rin, cuyas fortificaciones debemos suponer todavía ocupadas más ó menos eficazmente por tropas romanas, fueron los alanos, donde uno de sus caudillos, Goar, entró al servicio de Roma, y el otro, Respendial, volvió atrás para socorrer á los vándalos que estaban luchando contra los francos, y que á no ser por este auxilio habrían quedado exterminados. Pocos sin embargo se salvaron de los 20,000 que eran.

En la noche del año nuevo de 406 forzaron los alanos, vándalos y suevos el Rin y tomaron á Estrasburgo y Espira sin dificultad, á Worms después de un largo cerco, y á Maguncia por medio de un asalto furioso seguido de una horrosa matanza y destrucción de edificios sin respetar el asilo sagrado de las iglesias, pues que los vándalos eran arrianos y los demás paganos. Las guarniciones eran insignificantes y los habitantes acostumbrados á la molición no tenían energía para resistir. (Salviano: *De gubernatione Dei*.) Pasó la avalancha destructora por la Bélgica, asolándolo todo incluso las plazas de Reims, Amiens, Arras y Turnay; de allí por el Marne, Sena y Loira llegó al pié de los Pirineos, y rechazada de allí derramóse por las comarcas que hasta entonces había dejado libres. Casi todas las ciudades fueron tomadas ya por hambre ya por asedio; Tolosa se salvó por el arrojo y la prudencia de su obispo Exsuperio; pero aun así eran tan grandes allí la miseria y la desgracia, que San Jerónimo no podía retener sus lágrimas al hablar de ellas. La miseria era tan grande aun concediendo una abundante parte á la exageración retórica de los autores eclesiásticos de aquella época,